

Temporada baja

Esta es la historia de una temporada baja. De un momento de cambio, donde esos espacios ocupados, abigarrados, llenos de bullicio y de gente, se transforman, se vuelven vacíos.

Como las mareas, como la noche y el día, en las zonas turísticas las temporadas se suceden una tras otra, ciclos con pequeñas o grandísimas variantes. Para las localidades patagónicas de la cordillera son casi más importantes que las estaciones. Temporada alta y temporada baja. Últimamente la división ha dejado de ser tajante, las temporadas han perdido sus bordes, se han extendido, se han mezclado, con la nueva tendencia de las personas a tomarse pequeños recreos a lo largo del año, en fines de semana que les roban días hábiles al trabajo. Abundan las vacaciones en contra de la corriente, a destiempo de la mayoría. Antes, la baja era de los jubilados, de los solitarios. La alta, de las familias que aprovechan enero y algo de febrero, los meses de las vacaciones escolares. Después de la pandemia, el tiempo libre se ha vuelto la razón de la existencia. Hay una avidez nueva; vamos, que la vida se acaba, a viajar cuando sea. Cuando es más barato. Cuando se pueda.

La temporada alta en general brilla. Aunque cada día patagónico puede contener todos los climas, todas las estaciones; aunque de pronto el verano se pueda convertir en invierno y

traernos una nevada estival en la cumbre de los cerros. A pesar de todos sus caprichos, la alta garantiza algunos días magníficos de lago y playa, de travesías en la montaña. La vida promete. Levantarse a la mañana con un día gris y destemplado no descarta que a las dos horas salga el sol y la temperatura suba a treinta grados, pero que a la sombra de un coihue se sientan como si hiciera diez. O al revés: el lago, planchado como el aceite al amanecer, puede transformarse al atardecer en un infierno de olas que ponen en peligro cualquier embarcación. Todo es extremo. Todo maravilla.

La alta del invierno es otro cantar. Casi que no cuenta. Es brevísima, a menudo efímera. Abarca las cortas vacaciones escolares y depende de la nieve para los esquiadores. Sirve para salvar los gastos y seguir tirando hasta el verano.

La temporada baja es diferente; entramos en época de hibernación. Los hombres se dejan crecer el pelo y la barba. Que cubran, que abriguen. Engordamos todos un poco. Instintivamente, protegemos el cuerpo de las inclemencias. Nos anticipamos a las heladas despiadadas, a los días cortos, sin luz. Es el tiempo de ocuparse de las tareas de mantenimiento. Pintamos las maderas exteriores de las casas, tranqueras y cercos. Podemos los árboles que tienen ramas peligrosas, que se pueden caer con un ventarrón. Apilamos leña y más leña, picamos los troncos grandes para que quepan en la salamandra. Hacemos pequeñas cosas que la alta, con su ajetreo, no nos permitió llevar adelante. Bajamos mil revoluciones. Seguimos con lo cotidiano de la vida sin los sobresaltos que trae el turismo. Estamos más solos. Nos visitan menos.

Hay una pequeña tristeza que se cuela en la baja, porque, necesariamente, viene con la muerte de las cosas. La naturaleza

comienza a replegarse. Primero con su último fulgor, el del otoño. Los árboles tiñen las laderas con sus colores más asombrosos, ocres, naranjas, amarillos. A menudo los días se vuelven serenos y apacibles. Es un último estertor. Luego, caen las primeras nevadas, gentiles, casi amables. Pero pronto arrecia el invierno. Las heladas son feroces, las rutas se vuelven como de vidrio, riesgosas. «Guarda con el hielo negro», dicen los paisanos. «Es el más peligroso. Resbala como jabón, te manda a la banquina». El día comienza oscuro y a las cinco de la tarde ya hay que guardarse, otra vez oscuro. Comienza la época de lluvias y se hace interminable; se llenan los cauces de arroyos y ríos, sube el nivel del lago. La leña se moja y es difícil prender el hogar. El frío se cuele, se mete debajo de la piel. Pasan cosas: revientan caños congelados, se corta la luz. En el corazón del invierno, la nieve cae en el más absoluto silencio hasta cubrir todo, sin prisa, sin pausa. El mundo en blanco y negro.

La temporada baja es, de varias maneras, un cierre, el fin de un ciclo. También, un tiempo de letargo y, a la vez, de preparación, para luego poder recomenzar.

